



ediciones  
**ALFAR**



ediciones  
**ALFAR**

# **Joaquín Caparrós**

pasión en rojo y blanco

**De Sevilla a Bilbao**



ediciones

**ALFAR**



ediciones  
**ALFAR**

# Joaquín Caparrós

pasión en rojo y blanco

De Sevilla a Bilbao

Sergio Ávila

ediciones

ALFAR



Colección Deportes

Director de la colección Deportes: Roberto Arrocha

Diseño de cubierta: Álvaro Lorenzana

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



ediciones  
**ALFAR**

© Fotografía interior: ABC de Sevilla, Manuel Delgado Meco, Luci Martín, Joaquín Caparrós, Juan José Úbeda, Sevilla FC, Marca, Getty Images, EFE, Mundo Deportivo y DEIA.

© De los textos: Sergio Ávila

© Ediciones Alfar S. A.

Pol. Ind. Store. Calle Destornillador, 3.6. 41008 Sevilla

[www.edicionesalfar.es](http://www.edicionesalfar.es)/[alfar@edicionesalfar.es](mailto:alfar@edicionesalfar.es)

ISBN: 978-84-7898-917-1

Dep. Leg.: SE 2100-2021

Imprime: ServicePoint

*A mis padres y mi hermano, que son mi refugio,  
por su paciencia y comprensión.*

ediciones  
**ALFAR**



ediciones  
**ALFAR**



## CONTENIDO

|    |                                          |     |
|----|------------------------------------------|-----|
|    | PRÓLOGO. EN EL OLIMPO .....              | 11  |
|    | INTRODUCCIÓN .....                       | 19  |
| 1  | LOS ELEGIDOS .....                       | 23  |
| 2  | UN SUEÑO EN EL INFIERNO .....            | 35  |
| 3  | EL CAPITÁN ANALISTA .....                | 53  |
| 4  | REY DE REYES .....                       | 67  |
| 5  | EL SOCIO PERFECTO .....                  | 95  |
| 6  | LA BESTIA GOLEADORA .....                | 109 |
| 7  | EL COLECCIONISTA DE TÍTULOS .....        | 125 |
| 8  | LA AMISTAD DE UN DORSAL DE LEYENDA ..... | 137 |
| 9  | EL DUENDE PLUSMARQUISTA .....            | 149 |
| 10 | DE REGRESO Y AL RESCATE .....            | 187 |
| 11 | BANQUILLO DE ORO .....                   | 205 |
| 12 | SIMPLEMENTE JOKIN .....                  | 215 |
| 13 | EL ELECTROSHOCK .....                    | 227 |
| 14 | AMIGO, COMPADRE Y MANO DERECHA .....     | 237 |
| 15 | EMBLEMA DE LEZAMA .....                  | 247 |

|           |                                                                 |     |
|-----------|-----------------------------------------------------------------|-----|
| <b>16</b> | EL CANON DEL CANTERANO .....                                    | 257 |
| <b>17</b> | "¡MÍSTER, QUE ESE CHICO Y YO SOMOS<br>DE LA MISMA EDAD!"! ..... | 271 |
| <b>18</b> | EL DESPERTAR DEL LEÓN .....                                     | 285 |
| <b>19</b> | QUÉ NOCHE LA DE AQUEL DÍA .....                                 | 303 |
| <b>20</b> | UN LISTÓN INSUPERABLE.....                                      | 315 |
| <b>21</b> | ¡HOLA, EUROPA! .....                                            | 327 |
| <b>22</b> | EL PRODIGIO DE LA TXANTREA .....                                | 339 |
| <b>23</b> | SÓLO CUATRO LO SUPERAN.....                                     | 361 |
| <b>24</b> | UN DESTINO IMPENSABLE.....                                      | 367 |
| <b>25</b> | UN CURIOSO DEBUT .....                                          | 373 |



## PRÓLOGO. EN EL OLIMPO

**H**e realizado y redactado distintas y diversas tareas, documentos, textos, temas y apuntes en mis largos años de conferenciante, profesor, profesional del fútbol, docente e interlocutor en los distintos medios de comunicación. Y ahora, por primera vez en mi vida, realizo la tarea de escribir, redactar el prólogo de este libro. Me ha llevado a investigar, comparar prólogos de distintos autores, pues prima en mí el deseo de reflejar en estas líneas la imagen en su plenitud de Joaquín Caparrós Camino, tanto en el factor humano como en su resolución profesional. Espero, y es mi deseo, lograrlo.

En Joaquín Caparrós Camino —parece que su segundo apellido va a marcar la forja de sus “caminos”, sus recorridos—, la forja salesiana es su principal educación. El patio salesiano lo marcará en todo lo que representa hasta incluso los momentos actuales, compartiendo momentos y charlas organizadas por los propios salesianos. Y el camino lo forja en su devenir profesional, como jugador y entrenador. Un niño-joven-futbolista que se convirtió en un hombre-adulto-profesional del fútbol: hecho a sí mismo, recorriendo todas las etapas y tramos de la formación desde el fútbol más humilde y profundo.

Alfredo Matilla, periodista de AS y alcazareño, en su libro *Por Si Acaso* cita a Joaquín como “Un hombre y entrenador de raza”. Lo entrenó en el Gimnástico de Alcázar de San Juan. Joaquín forja su leyenda

desde la pasión, el conocimiento y la dedicación. Por sus hechos lo conoceréis. Joaquín domina e inscribe su nombre en todo el territorio castellano-manchego por este orden como jugador y entrenador.

**Como jugador:**

Real Madrid C. F.

Juvenil-A

Real Madrid Amateur

Castilla C. F.

C.D. Leganés

Unión Balompédica Conquense

A.D. Tarancón

**Como entrenador:**

Desde 1981 hasta el 2011, treinta años entrenando seguidos salvo error u omisión. “Un hombre y un entrenador de raza”. Estás en el podio, siendo el número uno con el mayor número de partidos dirigidos con un equipo centenario como es el Sevilla F. C., nada más y nada menos.

Joaquín Caparrós Camino: 241 partidos

Unai Emery Etxegoien: 205 partidos

Manolo Cardo Romero: 200 partidos

Ramón Encinas Dios: 161 partidos

Le siguen grandes personalidades del fútbol: Helenio Herrera, Manolo Jiménez, Juande Ramos, Marcelo Campanal, Luis Cid Carriega, Antonio Barrios, Juan Arza, Patrick O’Connell, Roque Olsen, Luis Aragónés, Vicente Cantatore, Miguel Muñoz, etc.

**Fútbol regional:**

San José Obrero C. F.

---

Campillo C. F.

---

Motilla de Palancar C. F.

---

Selección de fútbol Castilla la Mancha

---

Gimnástico de Alcázar de San Juan C. F.

---

Manzanares C. F.

---

Moralo C. P.

---

**Salto al fútbol grande:**

Recreativo de Huelva

---

Selección de fútbol de Andalucía

---

Villarreal C. F.

---

Sevilla F. C.

---

Deportivo de La Coruña

---

Athletic Club (2007-2011)

---

Y después: Neuchatel, Mallorca, Levante, Granada, Osasuna, Al-Ahli Doha, Sevilla y su cantera (2018-2019). Y en la actualidad, en la selección de Armenia.

En los caminos personales y profesionales de Joaquín Caparrós Camino, mi amigo, Jokin para los amigos y familiares, se forjan todos los valores que luego pondrá en práctica por los distintos clubes e instituciones con los que ha colaborado, en los clubes de fútbol y sus canteras, así como en las instituciones futbolísticas, en su organización y docencia. Además de contemplar y dirigir el desarrollo de un buen número de jóvenes jugadores desde la niñez hasta la internacionalidad y el éxito.

En el Sevilla, la etapa más prolífica: Diego Capel y Sergio Ramos, los más pipiolos (17 años). Jesús Navas, Antonio Puerta, Kepa, David Prie-

to, Paco Gallardo y otros más. En el Deportivo de La Coruña: Adrián López, Barragán, Iván Carril, Senel, Iago, Rivera, Cristian y Verdú llegados de la cantera del Barça, Pablo Álvarez y otros más, incluso de otras nacionalidades. En el Athletic Club: Iker Muniain, el más precoz, con 16 años, ocho meses y catorce días, hoy capitán del equipo. Koikili, Markel Susaeta, Mikel Balenciaga, Ander Iturraspe, Xabi Etxeita, Gaizka Toquero, Óscar de Marcos, Mikel San José, Iñigo Pérez, Jonás Ramalho y otros más.

Amigos comunes como Iñaki Sáez, Juan Santisteban, Ginés Meléndez o Antonio Escribano (presidente de la territorial de Castilla-La Mancha) me comentaban que Joaquín era un entrenador Top-10, bárbaro, incansable y entregado. Te conocía de oídas, pero qué referentes. “Joaquín promete”, me comentaban. Y nuestro primer contacto se produjo estando yo en Austria, julio de 2007, luchando por ser campeón de Europa sub-19 con Juan Santisteban y Ginés Meléndez de seleccionadores, y tú arrasando por Bilbao como nuevo entrenador del Athletic Club y encajando en la afición y socios del club hasta el punto de rebautizarte como Jokin y tú convertirte en socio también. Hablamos por teléfono y tus palabras fueron: “Acaba el trabajo en Austria”. Había dos jugadores del club, Mikel San José y Javi Martínez, y efectivamente regresamos campeones. Eso se llama premonición.

Tus amigos y mis amigos, los seleccionadores Iñaki, Juan y Ginés, ya nos habían conectado: Austria-Bilbao-San Mamés-Lezama. Empieza la gran aventura, ese nexo de unión y trabajo en un equipo centenario, el Athletic Club. Fue un auténtico placer pertenecer a tu gran mesa de trabajo con Luci Martín, Javi Reyes, Lluís Llopis, Luis de La Fuente, Iñaki Morán y más... Pertenecer dos años como preparador físico readaptador y otros dos con Javier Iruretagoiena en la dirección deportiva haciendo, integrando y obteniendo grandes éxitos, objetivos y proyectando al Athletic Club a finales y clasificaciones europeas, así como la aparición de nuevos valores de chavales de la cantera de Lezama.

Ha sido mi referencia. Un profesional del que he sido colaborador, soy amigo e incluso he sido rival. Creadores de una pasión y dedicación al fútbol en general y al Athletic Club en particular. Joaquín, Jokin, Batman, hombre y entrenador de raza. Me refiero al amigo, al entrenador, a la persona y sus valores en todos los campos: deporte, amistad y vivencias compartidas. Estás en la cima de la historia de los entrenadores de un equipo centenario como el Athletic Club. Eres el cuarto entrenador con más partidos disputados. Estás y perteneces al olimpo de los hombres que lo han dirigido. Un ciclo de cuatro años completos. El primero surgido de dos potenciales presidentes en las elecciones. Se ponen de acuerdo y se respeta: “Joaquín es nuestro entrenador”. Caíste de pie “Jokin, Jokin, Jokin, Jokin”, la afición te bautiza, también te anima y la aclamas.

**Por delante, nada más y nada menos que:**

Ernesto Valverde: 294 partidos

Javier Clemente: 289 partidos

Juan Urkizu: 235 partidos

Joaquín Caparrós: 187 partidos

Con esa cifra, estás por delante de las siguientes grandes personalidades del fútbol: Luis Fernández, Mr. Pentland, Jupp Heynckes, Koldo Aguirre, Piru Gainza, Antonio Barrios, Rafa Iriondo, Marcelo Bielsa, Iñaki Sáez, Howard Kendall, José Iraragorri, etc. Mi aplauso y mi admiración.

Tu nombre, escrito con letras de oro en el olimpo de los entrenadores del club. Con la vivencia de una final de Copa del Rey después de 26 años (1984-2009) y dos años clasificados para la Europa League. Equipo y afición en Bilbao en cuanto a lo futbolístico lo son todo. La afición te bautiza, te jalea, te quiere, respeta y recuerda en sus muestras de afecto y cariño que aún perduran. Y el equipo, la plantilla, te sigue y

se esfuerza hasta el éxito, y en la actualidad te reconoce, aprecia y estima en sus manifestaciones públicas en San Mamés, luciendo una camiseta, animándote, para la superación de los momentos difíciles.

Joaquín, Jokin, amigo, eres aglutinador de ideas, pensamientos, estructuras, áreas y personas. También un creador y conjugador de equipos y grupos de trabajo. Un ensamblador original e innovador en tus propuestas, con la utilización de las prometedoras y eficaces nuevas tecnologías y metodologías para la consecución de los logros y objetivos de excelentes clasificaciones. Un descubridor de nuevos valores como jugadores noveles que llegan hasta las más altas cotas. Y no olvido tu espíritu y afán de divulgación en distintos foros y perfiles para comunicar los nuevos pasos, fases y caminos del devenir del futuro fútbol y del futuro futbolista. Ánimo Jokin, ánimo amigo, no cedas en la vida: sé el luchador y forjador de siempre, y no ceses en tus nuevos trabajos, siendo eficaz y avanzado en el nuevo fútbol. Hace ya diez años desde que entrenaste al Athletic Club, pero la admiración por ti en los equipos donde has estado es evidente y en Bilbao sigue y está vigente. Es actual.

Ondo ibili (ondo segi) en tus nuevos retos futbolísticos en Armenia.

Mil gracias, eskerrik asko.

Manolo Delgado Meco







ediciones  
**ALFAR**

## INTRODUCCIÓN

**D**e arrebatada pasión y sangre inconfundiblemente roja y blanca, Joaquín Caparrós (Utrera, Sevilla, 1955) es un mito del banquillo y del fútbol español. Más de 500 partidos dirigidos en Primera jalonan su trayectoria. Del Sevilla se marchó siendo el técnico de la historia del club con más encuentros dirigidos (241) y el segundo con más victorias (111), sólo por detrás de Ramón Encinas (116). Caparrós, puro nervio, conoce el significado del esfuerzo innegociable como único camino al éxito. Casta y coraje, pocos como él representan esos dos valores que identifican al club de Nervión. Se ha entregado el utrerano sin excusas, con arrojo, personalidad y mucho trabajo a una pasión, el banquillo, que lo ha llevado a los destinos más insospechados, pero también a lugares, clubes y hogares deportivos en los que fantaseó estar desde pequeño. La vida, qué si no, es pelear por cada sueño. Y el trabajo de Caparrós es también su ocio, un tamaño privilegio.

De Utrera, de La Corredera, y el sevillanísimo barrio de Pío XII, lugares ligados a los sueños más tiernos de la infancia del niño que se abre camino en el mundo de la mano de su padre, hay una distancia de más de 5500 kilómetros hasta Erevan, capital de Armenia, donde le sigue dando cuerda a su prolija carrera. A la edad a la que muchos han perdido la ilusión y prefieren dedicar su tiempo a otros menesteres, a Joaquín le rebosa por seguir siendo lo que siempre ha sido y será: entrenador de

fútbol. En Sevilla, Bilbao o Erevan, lo mismo da. Porque el fútbol carece de fronteras y los entrenadores siempre tienen la maleta hecha.

Joaquín sigue conservando intacto e imperecedero el espíritu juvenil y ese deseo permanente de mejora, ingredientes imprescindibles en la vida para no aburrirse. Siempre hay un nuevo reto, un proyecto interesante del que agarrar el timón.

Cuando este libro se estaba editando era la selección de Armenia su ocupación y obsesión. Pudo seguir en su casa, el Sevilla Fútbol Club, pero en lugar de eso, le dio un regate a la zona de confort de lo ya conocido y prefirió sumar otra experiencia a su vasto currículum: dirigir a una selección nacional, eso que no pudo hacer con España aunque estuviera cerca, mucho más cerca de lo que se piensa.

La trayectoria del utrerano, 40 años en los banquillos de todas las categorías del fútbol nacional a los que hay añadir sus experiencias en Catar, Suiza o Armenia, da para un documental, pero este libro focaliza su atención en sus dos etapas más felices como técnico. De Sevilla a Bilbao, se subtitula, porque aunque hubiera antes otras estaciones de paso y la intermedia de La Coruña entre su estancia en Nervión y en el Botxo, fue en estos dos sitios donde encajó a la perfección. Donde más a gusto se sintió para aplicar su metodología, pulir a talentos jóvenes que luego fueron estrellas y saborear la satisfacción que reporta sacar a dos clubes históricos del fútbol español de dos coyunturas complicadísimas.

Porque en el germen del posterior crecimiento del Sevilla Fútbol Club está la figura de Caparrós como resucitador en alianza con otros sevillistas de bien de una entidad que vivía una situación límite. Y porque en Bilbao, después de dos años en los que el Athletic había flirteado con el descenso, se puso manos a la obra con todo el club para devolverlo a los raíles renovando el plantel, trabajando a destajo en Lezama y llevándolo a una final de la Copa del Rey 24 años después. En 2018, Caparrós volvió a su Sevilla y por dos veces seguidas lo metió en la Europa League, la segunda tras haber aceptado el encargo de liderar la planificación deportiva de ese curso, un desempeño cuyos entresijos

desconocía completamente pero que asumió con la valentía y determinación que lo han caracterizado siempre.

Jesús Navas, Sergio Ramos, Antonio Puerta, Diego Capel, Antonio Ramiro “Antoñito”, Paco Gallardo, Álvaro Jurado, David Arteaga, Kepa Blanco, Marco Navas, Javi Díaz, David Prieto, Óscar Rodríguez, Juanjo Bezares, Pablo Ruiz, Alejandro Maraño, José Alonso Lara, Iker Muniain, Jon Aurtenetxe, Ander Iturraspe, Markel Susaeta, Gai-zka Toquero, Koikili Lertxundi, Isaac Aketxe, Eneko Bóveda, Óscar de Marcos, Mikel San José, Mikel Balenziaga, Adrien Goñi, Ibai Gómez, Xabier Etxeita, Igor Martínez, Xabi Etxebarria, Íñigo Pérez, Ion Vélez, Aitor Ramos, Borja Ekiza, Raúl Fernández, Xabier Castillo, Urko Vera y Joseba del Olmo. Todos ellos, 41 (17 en el Sevilla y 24 en el Athletic), debutaron en Primera con Caparrós, a quien nunca le tembló el pulso para darle la alternativa a los jóvenes que opositaban al primer equipo.

Este libro versa sobre aquellas tres etapas, las dos en el Sevilla y el cuatrienio en el Athletic, donde también fue inmensamente feliz, fundiéndose en una sociedad que lo acogió con los brazos abiertos. De Batman o Keaton, como lo apodaron cariñosamente en el Sevilla por su parecido físico con el actor que encarnó al murciélago cinematográfico, a Jokin. De Sevilla a Bilbao. Su casa y su segundo hogar.

Quiero agradecer a Joaquín Caparrós su atención, amabilidad, predisposición e imprescindible ayuda para que su testimonio directo fuera el hilo conductor de esta obra que no pretende ser biográfica y recoge también entrevistas con otras personas que lo acompañaron en aquellas temporadas en el Sevilla y el Athletic. Pronunciar su nombre y su apellido, cuando se contacta con algún conocido del utrerano, es como hacer uso de una tarjeta magnética que desbloquean el diálogo y la conversación, prueba inequívoca del cariño que sembró todos estos años allá por donde fue.

A todos los que encontraron un hueco en sus agendas para atenderme y hablar de Joaquín (jugadores, entrenadores, directivos, periodistas, fotoperiodistas), mi eterno agradecimiento por ayudarme. A Manolo

Delgado Meco, leyenda del Athletic Club y el fútbol español, mi especial gratitud por el prólogo y por aportarme sus conocimientos e inmensa sabiduría. A *ABC de Sevilla*, al fotoperiodista Juan José Úbeda, al entrenador Luci Martín y al propio Delgado Meco, gracias por la cesión de imágenes. Y gracias a todos los que han participado, en suma, porque sin las voces que aparecen en las siguientes páginas, no habría sido posible desmenuzar el lado humano y profesional de quien evolucionó como técnico sin perder nunca su esencia ni su identidad.

Joaquín Caparrós sigue presumiendo de Utrera y sevillismo. Lo hará siempre. De su Sevilla y su querido Athletic. Las dos ciudades y las dos instituciones que hilvanan los hilos principales de su tejido sentimental futbolístico. Un patrimonio coloreado, como no puede ser de otra forma, en rojo y blanco.



ediciones  
**ALFAR**

## LOS ELEGIDOS

# 1

Joaquín Caparrós habla rápido. Es puro nervio y pasión. Transmite y convence. De tan inquieto, parece una polvorilla. Lo es. Siempre lo fue. Es su indisimulable condición. El sosiego y la tranquilidad no van con él. Dialoga siempre con la prisa del que tiene algo más pendiente, otra cosa por hacer. El Sevilla es su casa, pero el banquillo es su vida, ha venido a decir en los últimos tiempos, cuando su nombre está de moda —aunque los clásicos, y él lo es, nunca pasan— por los excepcionales resultados que está obteniendo con Armenia, su último reto. O quizá el penúltimo. Porque para los entrenadores como Joaquín no existen los últimos proyectos, igual que para los cineastas incombustibles no hay películas que cierran sus trayectorias sino cintas que prolongan sus filmografías. Es una manera de entender la vida. Sus charlas motivacionales son de sobras conocidas en el fútbol español y sus mensajes a la afición y jugadores, aprovechando el altavoz de los medios de comunicación, célebres. Ahí se maneja como nadie. Su “paso a paso” de principios del siglo XXI tiene copyright y surgió antes que el partido a partido. Caparrós es el poder de la palabra. Le pone las pilas a su gente, sabe qué teclas tocar, cómo poner a funcionar la maquinaria de las emociones por las que se explica el fútbol, un universo más profundo de lo que aparenta, nada epidérmico. Es su mundo. Su vida. Conversas con él y tienes la sensación de que el tiempo pasa volando, con la misma rapidez que trabaja su mente encadenando ideas a alta velocidad.

Sevillista de corazón y por herencia familiar, entrenador vocacional y apasionado de la formación, el utrerano destila el conocimiento propio de un veterano al que ya nada le puede sorprender, pero mezclado con la inquietud y la ilusión de un juvenil. En esa compleja fórmula radica el secreto de la perdurabilidad: hacerse mayor sin creer en ningún momento que ya está todo aprendido, el ansia por descubrir como pócima de la eterna juventud del espíritu. El cóctel perfecto para que el ansia de experimentar siga siendo poderoso, sólido dique de contención contra el hastío y el aburrimiento de los años. Alberga Caparrós ese espíritu de niño grande al que le sigue entusiasmando este juego. Porque el fútbol nunca se acaba. Siempre queda territorio ignoto por descubrir. Eso se siente o no. Por eso se marchó a Armenia pudiendo quedarse en Sevilla, en su casa, la que más quiere y tanto añoró cuando estuvo fuera. Porque, como diría cariñosamente su amigo Pablo Blanco, Caparrós es un “majara” del fútbol. En esta época de la corrección política, conviene aclararlo, por si acaso: majara no tiene sentido peyorativo. Majara del trabajo es el *workalcoholic* de nuestros días, el 24/7 en dedicación. El trabajo como obligación y hobby. Fútbol en sesión continua, como si nada más hubiera en el mundo. Familia y fútbol. El doblete de Caparrós.

Lo explica mucho mejor el periodista y articulista de *ABC de Sevilla*, Francisco Pérez: “Con el paso del tiempo nos dimos cuenta de que estábamos ante un enfermo del fútbol, que un tipo que se hacía a diario 700 kilómetros desde Cuenca a Navalmoral de la Mata para entrenar al Moralo, tenía en el balón su vida”.

El utrerano transmite vitalidad, energía, y puede llevarse horas hablando cuando de la cantera del Sevilla Fútbol Club se trata, siempre tan de actualidad aunque, en estos tiempos, con la entidad a unos niveles tan altos, se haya convertido en una tarea casi imposible para él tumbar la puerta del primer equipo. Carlos Fernández tuvo que marcharse a la Real Sociedad mientras Alejandro Pozo y Bryan Gil, quienes ya han debutado con la selección absoluta, se afanaron en demostrar en el Eibar que tenían condiciones para hacerse con una taquilla del vestuario del



Ramón Sánchez-Pizjuán. El extremo barbateño, subcampeón olímpico con la selección española en Tokio, fue traspasado finalmente por el club de Nervión al Tottenham, en una beneficiosa operación económica que conllevó también el pase del argentino, Erik Lamela, desde la entidad londinense. Un movimiento de mercado que sorprendió a casi todos... pero no tanto. Porque la cantera del Sevilla, tan compleja, tan salvadora... le ha aportado recursos deportivos al primer equipo, y recursos económicos a la entidad cuando las ha necesitado.

“Hay mucho talento, mucha materia prima. Creo que necesitaríamos tres libros para hablar de todos los canteranos del Sevilla”, suelta animado Caparrós en una charla que se produce cerquita del monumento a Antonio Puerta en la Ciudad Deportiva Ramón Cisneros, junto al Estadio Jesús Navas. Puro simbolismo concentrado en unos pocos metros, en *La factoría*, como el propio Caparrós la define, en la que se han formado tres campeones del mundo: Jesús Navas, Sergio Ramos y Carlos Marchena.

“Soy un amante del futbolista de la cantera porque vengo del fútbol base, de las escuelas de fútbol, de Alcázar de San Juan, de Cuenca... En todos los equipos que he estado me he puesto en contacto con todos los técnicos de las categorías inferiores y con los coordinadores. Y una de las primeras reuniones que he mantenido siempre ha sido para conocer cuáles eran los futbolistas más talentosos y de mayor proyección. En todos los clubes, ¿eh?, también en los de Tercera división. Lógicamente, en el Recreativo, el Villarreal... en todos los que he estado”, se esmera en puntualizar para destacar que esa consideración del fútbol base forma parte inseparable de su metodología de trabajo.

Cuando desembarcó en el Sevilla, en 2000, hizo lo propio. Repitió el proceso, lo que no ha dejado de hacer nunca y, en el caso que nos ocupa, obligado además por las dificultades económicas que atravesaba el club, en plena sima, agrietada como estaba su solidez tras una etapa convulsa, la segunda mitad de los noventa. Era un momento delicado en muchos sentidos, con la salud de la institución alicaída, pero también

una coyuntura favorable para pulimentar el trabajo de *La factoría*. Un “ahora o nunca” en toda regla. Porque, para qué engañarse, nunca se mira más a la cantera que en época de crisis. Así sucede en la mayoría de los clubes del fútbol español. Ciertamente, no obstante, que Caparrós lo habría hecho, aunque la situación hubiera sido más boyante, pero no era el caso. “Cuando llego al Sevilla, tengo la ventaja de que ahí está Pablo Blanco. Es una persona de la que tengo un altísimo concepto. Estudiamos ambos en los Salesianos de la Trinidad. Me reúno con él y con Pepe Alfaro, la *crème de la crème*. Como él decía, hay que tener un tercer ojo para ver a nuestros futbolistas en el Sánchez-Pizjuán, y ese tercer ojo hay que potenciarlo. Hablo con él y de todos los chicos que tenemos en los escalafones inferiores”, recuerda Caparrós, antes de explicar cómo se trabajaba con ellos: “Hacíamos ya un trabajo que llamábamos de tecnificación. No solo realizábamos un trabajo técnico-táctico, muy individualizado y personalizado, sino que les hablábamos también del Sevilla, del club y su historia”. Un trabajo integral para que comprendieran dónde estaban, a qué historia se debían.

En otras palabras, a los chicos se les inculcaba sevellismo en su formación desde el principio. Se les integraba y se les hacía ver lo que significaba el club. Lo explica con detalle el entrenador: “Recuerdo que los llevábamos a nuestro estadio y se acercaban a verlos Monchi, el presidente... Los vestíamos y hacíamos sesiones de entrenamientos en el campo. Allí les hablábamos de la historia del Sevilla y les preguntábamos a los chavales por jugadores que habían sido historia de este club, para ver si sabían quiénes eran. Si no los conocían, ya tenían tarea para la próxima sesión. Los motivábamos para que se informaran de quiénes eran Lora, Francisco, Pablo Blanco, Antonio Álvarez, Paco Gallego... todos referentes y canteranos”.

En aquel lustro a los mandos de un Sevilla primero en crisis y siempre en evolución, que fue creciendo a medida que se obtuvieron resultados e hizo caja con algunos canteranos que descollaron, la comunicación entre los técnicos del primer equipo y los de la cantera fue una constante. Ahí radicó parte del éxito de aquellos años. “Siempre he

estado al tanto, sí —asiente Caparrós—. Me gustaba ver sus partidos, informarme el lunes de cómo habían quedado. Incluso los subíamos para que se entrenaran con la primera plantilla independientemente del trabajo individualizado”.

El contexto del club, difícil, y el estatus del primer equipo, muy lejos del actual, favorecían esa transición de los chavales al primer equipo. Todo encajaba. No había tapón alguno sino necesidad de todo tipo, futbolística y económica, si alguno de esos talentos despuntaba al punto de ponerse en la órbita y la mirilla de clubes más potentes. La realidad de aquel Sevilla era muy diferente a la actual. La necesidad de talento, pero también la de vender, era perentoria. Así que no solo se ejercitaban a diario con la primera plantilla sino que formaban parte de las famosas convocatorias para los partidos de la provincia. No eran tiempos ni de estrellas ni del himno de Händel, ni siquiera de la Europa League, sino de una versión modestísima, de andar por casa: la *Champiñones Luis*, como de manera simpática se bautizó internamente, en el propio vestuario.: “Como no estábamos en competición europea, jugábamos todos los miércoles partidos en los pueblos de la provincia y llevábamos a jugadores del primer equipo y también a estos chicos, pero sin mirar la edad”, apunta al respecto Caparrós, al que el DNI nunca le interesó. El talento, la madurez y las ganas de triunfar eran los únicos criterios medibles para realizar la criba y la selección. “Hemos llevado a chicos de 15 y 16 años, a los Diego Capel, Antonio Puerta, Jesús Navas, Sergio Ramos, Pablo Ruiz, David Arteaga, Antoñito... Los llevábamos y jugaban. Se aunaban entonces dos cosas: el trabajo individual, del que hablaba antes, y los partidos”.

De este modo se forjaron y fortificaron lazos de unión y confianza que activaron la retroalimentación: la responsabilidad de esos chicos tan jóvenes era responder con rendimiento a ese regalo, que era también un examen, de jugar y competir con los mayores. “Queríamos transmitirles confianza para que el talento que llevaban dentro lo fueran sacando. Diego Capel debuta con 16 años, pero para que un futbolista debute con esa edad antes debe haber un trabajo previo. No debuta porque sí”, razo-

na Caparrós, aludiendo al proceso de formación en sus últimas etapas. En ese estadio es fundamental el consenso y la compenetración entre los actores principales de la entidad en el área deportiva, como él mismo explica: “Con el tema de cantera tiene que haber mucha comunicación entre el entrenador del primer equipo, los técnicos de las categorías inferiores; el responsable de la cantera, que en este caso era y es Pablo Blanco; y el director deportivo, Monchi. Es importante la estructura de la dirección deportiva y la dirección de cantera porque ambas tienen mucho que decir aunque el responsable de tomar la decisión de alinearlos sea el técnico del primer equipo”.

Hablando de Diego Capel, que hacía diabluras por la banda izquierda del filial sevillista, su momento le llegó el 24 de octubre de 2004, en un partido ante el Atlético de Madrid en Nervión que ganó el Sevilla por dos goles a uno con tantos de Ocio y Baptista. Capel debutaba en Primera división reemplazando a Antonio López a falta de tres minutos para el final. Era el inicio de la carrera del almeriense de Albox en el primer plantel sevillista “Capel debutó con 16 años. Yo siempre les decía cuando los subía lo mismo: ‘Lo he traído a usted por lo que está haciendo en las categorías inferiores’. El día de su debut era contra el Atlético de Madrid, y cuando decidimos sacarlo, le dije: ‘Diego, regatee si tiene que regatear’. Hizo varias jugadas aprovechando el efecto sorpresa con su regate, le hicieron faltas y eso contribuyó a que ganásemos el partido. Parecía que llevaba ya varios encuentros con nosotros, que no era su debut”, destaca Caparrós.

Aquellos años fueron especialmente fructíferos también en calidad y cantidad, algo que no siempre sucede en los escalafones inferiores. Que salgan siempre jugadores de primer nivel, capacitados para hacer carrera durante muchos años en la élite, no ocurre ni en las mejores canteras del mundo de manera continuada. Hay etapas de barbecho, o simplemente no tan exitosas, aunque el nivel de calidad medio sea siempre alto, algo que bien saben en el Athletic Club, por citar el ejemplo más paradigmático.

“Es verdad que hay quintas u hornadas —conviene Caparrós—, pero el Sevilla siempre ha dado futbolistas. Hay chicos con un talento espectacular. Aquí hay mucho, mucho talento. Puede haber quintas y que, con una diferencia de uno o dos años, salga otra remesa de jugadores”, refrenda el técnico antes de enlazar con otra reflexión: “Creo que, al igual que hay fracaso escolar, existe el fracaso deportivo”. Y lo explica: “Hay que saber el momento exacto en que un futbolista tiene que debutar, dándole oportunidades y confianza. El chico se va formando y llega el momento en que tiene que salir a flote. Por eso hay que marcar los tiempos. Soy de los que piensan que todo el mundo tiene talento, pero ese talento activo hay que transmitirlo con confianza al jugador para que culmine siendo un futbolista de Primera División. Hay casos de algunos que no han debutado con el primer equipo y luego han terminado en otros equipos de Primera o en Segunda división”.

El trabajo de formación en la base, a juicio de quienes entienden de la materia, genera muchas satisfacciones, sobre todo si ese trabajo, dividido en muchas etapas, termina dando sus frutos, germinando. Pero no todos los clubes apuestan por él. Fundamentalmente porque su naturaleza, de cocción lenta como es la formación de un futbolista, contrasta con esa inmediatez en la consecución de resultados que se demanda en el fútbol. En otras palabras: no hay paciencia. O no toda la que se necesita.

Los ecosistemas tan especiales como los del Sevilla y, sobre todo, el genuino del Athletic Club, este último sin parangón, no abundan en el fútbol nacional, aunque hay ejemplos más recientes que también van en la línea de reivindicar y poner en valor el producto de la casa, como son los casos del Villarreal y de la también ejemplar Real Sociedad, que con una plantilla repleta de jóvenes valores formados en Zubietta acaba de proclamarse hace pocas fechas en Sevilla campeón de la Copa del Rey. Así lo valora el utrerano, que es tan directo como su fútbol en el análisis. No se anda con rodeos. Mejor un balón en profundidad que mil en diagonal. Lo mismo cabe decir de su discurso.

“En esto hay que creer —sentencia—. En la cantera se tiene que creer. En el fútbol español todo el mundo hablaba de la importancia de la cantera, pero luego, en la práctica, no era así, porque la verdadera importancia se le da cuando los jugadores suben al primer equipo. Y, la verdad, es que hay casos como el del Athletic, con una filosofía especial. Está el Sevilla, la Real Sociedad también trabaja muy bien, como el Villarreal. Y hay que valorar el trabajo de un club como el Atlético de Madrid”, elogia.

Como ha hecho debutar a noveles en todas las circunstancias posibles y en equipos de diferente categoría y estatus, Caparrós no cree en la teoría de que las posibilidades de los canteranos mengüen a medida que aumenta el nivel de los objetivos de los clubes: “No, eso es un error. Es mi opinión —defiende—. Y pongo el ejemplo del Atlético, que ha jugado finales de la Champions con muchos canteranos: Torres, Koke, Saúl, Lucas... Por eso digo que hay que creer en esa palabra, en el trabajo personalizado que se está haciendo y por el que ves que se interesa el director deportivo cuando te preguntan cómo van evolucionando esos chicos”, argumenta.

Al final, se trata de que haya un férreo convencimiento en toda la entidad, que la creencia en la cantera se transmita desde la cúpula de la estructura piramidal hasta la base, sin interferencias. “El trabajo de la cantera tiene que estar por encima. Es decir, tiene que haber una filosofía de club. Y los primeros que tienen que creer en ella son los integrantes del consejo de administración, con su presidente a la cabeza, porque ellos le transmiten el convencimiento primero al director deportivo y a partir de ahí va todo”, considera Caparrós, un hombre tremendamente orgulloso de lo que significa para su club, el Sevilla, su ciudad deportiva y el trabajo que en ella se realiza: “Mire las instalaciones que tenemos. Esto es una fábrica. Fabricamos futbolistas, pero en el buen sentido de la palabra. Formamos jugadores para la élite. ¿Y el fin, cuál es? Que lleguen al primer equipo. No todos pueden lograrlo, pero se forman y tienen la opción de jugar en otros equipos a nivel profesional. Por eso digo que la palabra es creer y esa línea tiene que defenderla la figura del director

deportivo”, subraya con esa vehemencia y poder de convencimiento que siempre lo han caracterizado.

En esa formación de los chicos, integral, cada vez adquiere más importancia el factor mental. Convivir con la presión, en el sentido de dar una respuesta adecuada con rendimiento en el campo a las expectativas generadas, se convierte a veces en un listón insuperable para los jóvenes. Por eso apela Caparrós tantas veces a la palabra confianza. La que hay que transmitirles a los jugadores que llegan abriéndose paso: “Hay que arroparlos, por supuesto. Siempre digo que todo en la vida es entrenable. Y esa parte hay que entrenarla también. Al futbolista hay que prepararlo en todas las circunstancias. Hay casos de chicos cante-ranos que debutan muy jóvenes, tienen una subida espectacular y luego una bajada. Pues es entonces, en esa bajada, cuando hay que hacerle al futbolista un trabajo especial, entrenándolo en el aspecto mental, transmitiéndole confianza y dándole continuidad para hacerle ver que eso es la alta competición. Si supera eso, el subidón que pega es para quedarse ya”, sostiene el técnico.

En cualquier caso, cada persona es un mundo y cada futbolista, también. Hay talentos emergentes que alcanzan el cénit de sus carreras muy pronto apagándose a la misma velocidad, y otros que tardan más en desarrollar su fútbol. Depende de la personalidad de cada futbolista y de factores endógenos, los controlables, y exógenos, los que están fuera de su control. Es importante el entrenador, las circunstancias del equipo...: “Es que hay futbolistas que tardan más en madurar —tercia Caparrós al respecto—, y no solo futbolísticamente sino también a nivel personal. Hay que ver, por ejemplo, el nivel que existe en su demarcación, las necesidades del primer equipo... Pero si estos chicos tienen continuidad y maduran bien futbolísticamente y mentalmente, les llega su momento. Ahí están los casos de Luis Alberto y Campaña, que está dando un nivel espectacular en el Levante”, aporta, citando el ejemplo de dos centrocampistas que descollaron en la cantera, no se asentaron en el primer equipo ante la elevada competencia que había entonces en el plantel sevillista y tuvieron que buscarse su futuro en otras lati-



tudes hasta convertirse en dos jugadores que han alcanzado un nivel importantísimo, Campaña en el Levante y Luis Alberto como uno de los pilares indiscutibles de la Lazio en las últimas temporadas.

Para el entrenador, “hay que arropar a este tipo de jugadores” porque su club de origen tiene “una ventaja” sobre el resto: “Los conoce desde pequeños. Ha participado en su formación y conoce su estado de ánimo, cómo ha ido evolucionando. Todo eso es una ventaja en un momento determinado si el chico ha bajado”.

A medida que crecen las redes de ojeadores, el seguimiento al futbolista se realiza desde edades cada vez más tempranas. La voracidad de los clubes grandes, los que difícilmente encuentran un no por respuesta del futbolista al que vigilan, también llega a los escalafones inferiores y por eso vuelan de algunas canteras talentos incipientes. Por ello, entiende Caparrós, es tan importante la familia cuando los jugadores son apenas niños con potenciales habilidades para perfeccionar en el futuro. “Dese cuenta que son menores de edad, no les puedes hacer contratos profesionales y, por lo tanto, quedan en manos de los padres. Hoy día, en el mundo del fútbol, algunos padres ven esto como un negocio y miran más el aspecto económico que la proyección del jugador. Se opta por el contrato sin ver cómo se forma al chico en ese club. La última palabra la tienen los padres”, acepta en este sentido Caparrós.

Y es que, si mucho ha cambiado el fútbol desde que él comenzó, también ha evolucionado rapidísimo en los últimos veinte años. No es igual un canterano de la hornada del 2000, cuando él recaló en el Sevilla como entrenador, que uno de 2020. Para empezar, están las redes sociales, por ejemplo, en cuyo correcto uso ya están siendo los jóvenes instruidos y educados por parte de los clubes. En eso ya trabaja el Sevilla Fútbol Club. Pero hay mucho más. El mundo ahora es más complejo, también la burbuja del futbolista. “Lo que ha cambiado es el entorno, más que el canterano —valora el utrerano—. El chico es igual en la calle. Se divierte jugando a la pelota y va formándose, lo firme el Sevilla u otro club. Pero el entorno ha cambiado. Ahora hay mucha gente alrededor,



como los agentes. Hay un negocio y esto es una parte influyente en la formación del jugador”, analiza Caparrós, para quien “se han perdido muchos jugadores porque la toma de decisión por parte de sus padres no ha sido la correcta en cuanto a la gente que lo tienen que llevar”. “Estamos hablando —continúa— de que ya hay chicos que, con doce años, tienen agente y, por lo tanto, los padres entregan las decisiones deportivas de su hijo a lo que les diga el agente en cuestión y este lo que ve es un negocio. Eso no es bueno para el fútbol, pero hay que adaptarse a los tiempos. Es complicado dar marcha atrás”, asume con un cierto punto de resignación.

En las manos de los clubes queda el convencimiento de los progenitores, informándoles de la educación deportiva que reciben sus hijos. “Se les traslada a los padres la confianza de que estamos formando al chico, no solo deportiva y futbolísticamente, sino también como personas. Es más, les invitamos a que vengan y vean cómo se les trata. En el Sevilla tienen todos los medios con que puede contar un profesional del primer equipo: instalaciones, servicios médicos, buenos técnicos para la recuperación de lesiones, trabajo de prevención...”

Caparrós entiende ese desarrollo de los canteranos como un proceso: “Todo tiene sus fases. Un chico de nueve, diez u once años tiene que divertirse sin presión y luego contar con el afecto de su casa, de sus padres y su familia. Yo, con once años, tuve que marcharme del Sevilla a causa del trabajo de mi padre, al que trasladan. Mis padres eran muy sevillistas, el fútbol era su pasión, pero dijeron que no cuando el club les propuso que yo me quedara aquí. Esa decisión fue un éxito total porque a esa edad es tan importante la formación como el afecto de los padres”, resalta.

Profesional y hombre de club a la vez, una *rara avis* al preocuparse por el presente sin descuidar el futuro de los clubes por los que pasa, el utrerano es un amante de la cantera en general por su historia y su personalidad, porque sus orígenes están enraizados en el albero del fútbol base. Ahí empezó y de ahí no se ha desligado nunca. “Yo he disfrutado y disfruto mucho con los chicos, viéndolos entrenarse. No me importaría

que mañana mismo me dijeran que tengo que hacerme cargo de un equipo cadete o juvenil. Es una gozada ver a los chavales formándose, siempre y cuando haya una continuidad y el fin de todo ese trabajo sea el primer equipo. Es maravilloso asomarte a los campos de la ciudad deportiva y ver la cantidad de talento que hay. No hay que olvidar que, cuando llegan al Sevilla, ya han pasado muchas cribas: colegios, escuelas... han pasado por muchos sitios. Ya tienen un nivel. Son los elegidos”.



Caparrós, en la ciudad deportiva del Sevilla, señalando el cartel de los campeones del mundo criados en la cantera

## UN SUEÑO EN EL INFIERNO

# 2

**E**l aterrizaje de Joaquín Caparrós en Nervión no puede pormenorizarse sin contextualizar la situación del club en aquellos tiempos borrascosos, convulsos, de penurias y desazón, un pasado no tan remoto que fue yermo en alegrías y del que la entidad, a través de un cóctel de determinación, unión, sevillismo y mucho trabajo, se rehízo para construir un futuro distinto en el que la conjugación del verbo ganar se convirtió poco a poco en norma, dejando la excepcionalidad. Un cambio de mentalidad. Esta es la gran transformación experimentada por el Sevilla del nuevo milenio.

Montarse en la máquina del tiempo cual Marty McFly en el Delorean de *Regreso al Futuro* produce cierto vértigo, mucho incluso, pero el presente no puede comprenderse sin el pasado y la llegada de Joaquín Caparrós al Sevilla de la bautizada economía de guerra merece el desglose de los meses precedentes para enmarcar el momento. Contextualizarlo es clave. Los sevillistas que apenas hayan cumplido la mayoría de edad solo han conocido tiempos venturosos, de gloria y plata incluso, pero no siempre las alegrías aparejadas a las victorias fueron el denominador común de esta entidad. Y no, no es exactamente que haya un Sevilla antes de 2006 y otro posterior al de 2006, es que la reconstrucción de 2000 cierra un lustro de crisis profunda que hizo tambalear entonces los cimientos de una entidad casi centenaria.

La segunda mitad de la década de los noventa, a partir del fatídico 1 de agosto de 1995 con el abortado descenso administrativo a Segunda división B, acarreó un periodo de mucha marejada, crisis, cambios de presidentes, inestabilidad y, como consecuencia, una catarata de fichajes fallidos e inversiones millonarias que no se tradujeron en resultados deportivos acordes con la exigencia de la afición, que ya llenaba Nervión mucho antes de que las nuevas normativas redujeran su aforo para que todas las localidades fueran asientos. Y es que, si el club no funciona, los goles no llegan. Hay una íntima relación entre lo que acontece en los despachos y lo que sucede en el césped. Es una ley no escrita de este complejo mundo llamado fútbol aplicable cual diagnóstico a la mayoría de los equipos sumidos en una crisis prolongada.

El corolario de aquel túnel oscuro para el Sevilla llegó en la temporada 1999-2000. La que debió ser una campaña tranquila, de asentamiento en la élite para que el equipo lograra la permanencia en Primera división con cierto desahogo estabilizándose en la categoría tras dos temporadas en Segunda y el ascenso facturado en la promoción a doble partido con el Villarreal de Paquito, devino en desdichada hasta erigirse en una de las peores de la historia. Todo lo que podía salir mal, salió peor. Fue la famosa temporada de los uruguayos. Como habían sido fructíferas las incorporaciones de Tabaré Silva y Nicolás Olivera la campaña anterior, la del ascenso, el club exprimió la vía uruguaya para el reencuentro con la Primera división y por el Ramón Sánchez-Pizjuán desfilaron el meta Rabajda, el mediocentro Podestá y los delanteros Marcelo Otero y Marcelo Zalayeta. Solo Podestá dejó una huella, no ya positiva, sino indeleble. Además, el plantel se reforzó con el mediocampista portugués Bakero —con el mismo apellido que el internacional español del Barcelona aunque nada tenían que ver futbolísticamente— y los jugadores nacionales Alfredo Lobeiras, Fredi (extremo izquierdo), Valencia (portero) y Lorenzo del Pino, Loren, atacante formado en la cantera al que se trajo de vuelta del Atlético de Madrid.

De una planificación fallida, por más que se mantuviera el esqueleto del equipo del ascenso (Leal, Hibic, Quevedo, Tsartas, Juan Carlos...),

derivó una plantilla fallida, es verdad que integrada por jugadores de cierto o bastante nivel pero, a la postre, descompensada y muy débil defensivamente. Este fue su talón de Aquiles, la principal causa de sus males. Aquel Sevilla practicó un fútbol vistoso en algunos partidos y mereció mejores resultados, cierto, pero si algo lo caracterizó fue su escasa productividad, su ineficacia y su vulnerabilidad defensiva, tal vez el mayor de sus pecados. Un Sevilla desorientado acabó encajando más goles que nadie (67) y solo tres conjuntos anotaron menos en las porterías rivales que los nervionenses (42). Esa descompensación lo condenaba a la Segunda división, sin más debate.

Frode Olsen, carismático guardameta noruego que se granjeó el cariño de la afición (le gustaba cantar, pero no en la portería precisamente), fue el único fichaje invernal en una temporada dramática, llena de sobresaltos y huérfana de tranquilidad. Proliferaron los errores arbitrales en contra del equipo, siendo especialmente recordados los sufridos en San Mamés y en la derrota en casa contra el Deportivo de la Coruña (1-3) que, por incidentes en la grada, provocaron el cierre del Sánchez-Pizjuán por dos partidos, sanción rebajada luego a la mitad. Además, hubo relevo en la presidencia (Rafael Carrión dio paso a Roberto Alés) y Marcos Alonso, el entrenador del ascenso, dimitió tras la derrota contra el Real Valladolid en Nervión (0-1) el 5 de marzo de 2000. Juan Carlos Álvarez lo suplió, en su tercera etapa como técnico del Sevilla, pero dio la impresión de que el cambio de inquilino en el banquillo se produjo demasiado tarde. El equipo estaba roto, virtualmente en Segunda, en una de las temporadas más sorprendentes y turbulentas de la historia de la Liga por su desenlace por arriba y por abajo. Al fin se proclamó campeón el Deportivo de la Coruña de Irureta y, amén del Sevilla, descendieron otros dos históricos: el Real Betis y el Atlético de Madrid, estos dos también con futbolistas destacadísimos y cotizadísimos en sus filas. Aquella temporada rompió la adolescencia futbolística de muchos chavales nacidos a principios de los noventa: el fútbol era algo más que una colección de estrellas. Sin equipo no hay nada, solo el desamparo de los malos resultados. Solo malas noticias.

Consumado el descenso, un cataclismo para un club de la dimensión social del nervionense, en la planta noble de la entidad se remangaron y se pusieron manos a la obra para darle un giro radical al club, de 180 grados. Lo que necesitaba. Era un púgil contra las cuerdas al que ya no le valía solo resistir la lluvia de golpes en la esquina, sino salir del rincón como fuera y cambiar la estrategia para resurgir de sus cenizas.

De las crisis surgen grandes oportunidades y tal adagio cabría aplicarlo al Sevilla del verano del 2000. El del punto de inflexión. Todo el mundo coincide en señalar como clave en esa transfiguración del club al entonces presidente, Roberto Alés, un hombre valiente, cabal, honesto, todo integridad, de consenso y conciliador que puso negro sobre blanco. Le habló de frente a la afición, sin ambages y sin ponerle paños calientes a la crítica situación de la institución. Con franqueza, sin engaños. Sin dorarle la píldora. Ya no había nada que ocultar ni el club podía continuar prolongando durante más tiempo esa huida hacia delante que no lo llevaba a ninguna parte. Bueno, sí, lo conducía a la ruina. Y Alés, hombre y directivo ejemplar, tomó decisiones trascendentales, drásticas, muchas de ellas tan acertadas que sin las mismas no puede comprenderse ni esa resurrección del club ni su estatus actual.

Suya, de Alés, fue ni más ni menos la idea y la propuesta de cambiarle el rol a Ramón Rodríguez Verdejo, Monchi. El portero de San Fernando se había retirado de la práctica activa en la pretemporada de la 99-00 y aquel fatídico curso ejerció las funciones de delegado del equipo. Alés, sin embargo, creyó en él, creía en él, lo apreciaba muchísimo y pensó que, por su conocimiento de fútbol, podía serle muy útil a la entidad en otro cargo, así que lo propuso como director deportivo y el cañaílla aceptó. Era el comienzo de una historia increíble que, con toda probabilidad, de haberse dado en Estados Unidos, ya habría sido adaptada a película y empezaría con aquel llanto desconsolado del meta en el túnel de vestuarios del antiguo Carlos Tartiere.

Monchi tenía solo 32 años, la edad en que muchos jóvenes actuales no han abandonado siquiera la casa de sus padres imposibilitados por

las circunstancias económicas, pero él ya había vivido mucho en Sevilla. Había absorbido mucho fútbol en los banquillos sin necesidad de ser entrenador. Su pertinaz suplencia de Juan Carlos Unzué le permitió cursar varios másteres junto a los mejores. Aprovechó el tiempo. Y de qué manera. Se empapó del conocimiento de los mejores, de gente de la talla de Carlos Salvador Bilardo o Luis Aragonés, alguno de los maestros doctorados en el fútbol de élite (y en la vida) que tuvo en su etapa de jugador profesional.

Eran tiempos en Nervión, con la llegada de nuevo milenio, de amarrarse el cinturón. Tiempos donde cada peseta (sí, aún eran pesetas...) importaba. Y el Sevilla quería vacunarse del virus que lo paralizaba y le impedía avanzar. ¿La receta empleada? El trabajo a destajo y la reorganización del club con profesionales honrados, honestos, competentes y de gen sevillista. El nombramiento de Monchi, con la consabida reestructuración de toda el área técnica, de arriba abajo, se produjo en mayo, mas lo prioritario a finales de marzo y principios de abril, cuando ya el Sevilla estaba condenado al descenso, era la búsqueda de un entrenador que liderase el proyecto. Y ahí surgió el nombre de Joaquín Caparrós, que se había pasado esa última temporada casi en blanco tras su temprana destitución en el Villarreal, al cabo de la jornada séptima. Otras opciones se valoraron, pero quien encajaba en el perfil era el utrerano. Cuadraba a la perfección con el retrato robot del futuro entrenador del Sevilla.

“Del que fuera técnico del Recreativo y destituido en la presente del Villarreal se tienen muy buenos informes. Se sabe la tremenda ilusión que le supondría hacerse cargo del Sevilla, que sabe sacar partido de jugadores modestos, y se valora que podría empezar a trabajar ya para preparar la plantilla de la próxima temporada”, informaba el periodista Juan Manuel Ávila en las páginas del diario *ABC de Sevilla* en su edición del 24 de abril de 2000. Es decir, dos días antes de que el utrerano fuera confirmado como entrenador sevillista tras la reunión del consejo de administración de la tarde-noche del día 26. Veinticuatro horas antes se había reunido Caparrós con el presidente y su representante, Juan



Maraver, en un conocido restaurante de Utrera, señera localidad de la provincia vinculadísima por tantas razones al club de Nervión.

“El nombramiento de Joaquín Caparrós como nuevo entrenador del Sevilla creo recordar que coincidió en fechas con la Feria de Abril del año 2000, algo no demasiado habitual porque los nuevos entrenadores se solían y suelen firmar allá por finales de mayo como muy pronto o bien entrado junio. Viendo la importancia que han tenido las primaveras en la historia sevillista habrá quien vea en ese momento de la conjunción de los astros de Monchi y Caparrós el ‘Bing Bang sevillista’”, comenta el articulista de *ABC de Sevilla* Francisco Pérez, entonces redactor jefe de la sección de Deportes del citado medio.

“Por supuesto que pensé en mi padre”, reconoce Caparrós cuando evoca aquellos días de ilusión, tensión y espera. La llamada más importante de su vida profesional estaba en un tris de producirse. “No lo esperaba —admite—. Voy por la situación en que está el club. El Sevilla había tenido los mejores entrenadores del mundo, la *crème de la crème*. Fue una alegría. Recuerdo los paseos a Consolación con Pepe Castro —su gran valedor, entonces vicepresidente— hablándole de fútbol. Me dijo que se pondría en contacto con Juan Maraver”, rememora el técnico en una entrevista con la Federación Andaluza de Fútbol: “Yo vivía en Punta Umbría esperando esa llamada que llegó y ya, en el primer contacto que tuve con Roberto Alés en Los Quinteros de Utrera, hubo un *feeling* total. Me dio confianza. Estuvimos Augusto Lahore, Pepe Castro y Juan Maraver en esa comida. Cuando acabamos, Roberto me dio la mano y me transmitió que iba a ser yo, aunque tenía que comunicárselo al consejo, así que nos pusimos a trabajar. Roberto es mi padre, porque no solo ha existido con él una relación de presidente y entrenador, sino que cuando él se va y deja el Sevilla, y yo también me marchó, seguimos manteniendo una relación fluida en lo deportivo y lo personal. Para mí es más que un presidente. Es como un padre deportivo”, subraya el técnico, que le profiere cariño y devoción eterna a quien fuera uno de sus grandes valedores para que el sueño de convertirse en jefe del banquillo sevillista se produjera.